



Oriol Pi de Cabanyes

Arte de Ramon Enrich

La magia del arte es esa. Puede ocurrir que un día una obra de arte te atrape, que te aspire hacia dentro de su misterio, y ya no te puedas escapar nunca más. Quizás porque, como un mandala, te está haciendo las preguntas que también te haría la Esfinge. Es lo que me sucedió a mí un día ya lejano en una galería de Consell de Cent, ante los enigmáticos paisajes desolados, tan metafísicos, de Ramon Enrich.

Contemplo a menudo, o medito, el silencio de aquella pintura de Enrich, tan equilibrada, tan armónica, tan característica de un creador que dice de sí mismo (en el vídeo que acompaña su actual exposición en la Fundació Vila-Casas) que es hiperactivo. Pero sus paisajes geométricos respiran una paz tan profunda que nadie lo diría (y mucho menos yo, que no lo conozco personalmente).

Y es que el arte es también una disciplina compensatoria.

En el principio era el vacío, un espacio deshabitado que el artista humaniza con una u otra construcción perfectamente plantada en medio de la nada. Y son casetas cúbicas o balsas circulares, rodillos de forraje, esféricas balas de cañón, simetrías de laberinto y cipreses de larga sombra. Son imágenes tomadas generalmente en plano picado, tal vez fijadas oníricamente en vuelo astral o, a media altura, desde la cesta de un globo aerostático.

El punto de fuga se encuentra a menudo en el centro de un campo que tal vez quisiera ser un paraíso. Pero sin presencia humana, los paisajes de Enrich llegan a parecer vistas del mundo después de una explosión nuclear, tal como también sugieren esos regueros como de lluvia ácida con que últimamente ha ido

incorporando a sus telas distancia de espejo empañado.

En la obra más característica de Enrich, según cómo tan escenográfica, tan de juego constructivo o de arquitectura hermética (tan emparentable con un De Chirico o un Carrá), se puede decir que no hay tragedia. Y es que en estos espacios dibujados no hay tiempo. O, si acaso, sólo un espacio-tiempo único. Y es que el de Ramon Enrich es un interior lleno que se proyecta en exteriores muy apacibles, ante los que el espectador puede ver también una propuesta de introspección. Objetivando su subjetividad, estructurando su emoción, Enrich dibuja y pinta con imágenes que van a la esencia de una realidad idealmente sin conflictos y sobrevolada por la razón ordenadora que es capaz de rescatar del caos todo un universo y de crear un mundo con sentido.●